

**SOL
ARGUEDAS**

**NA
TEOLOGIA
PARA
ATEOS**

Al enajenarse, y al no ser "pagada" una parte del mismo al trabajador, el trabajo humano se cosifica y puede acumularse: puede convertirse en capital. La separación (la diferenciación) entre trabajo y capital (entre trabajo enajenado y trabajo acumulado) acelera profundamente el proceso de producción en la sociedad. Mediante la acumulación del trabajo de unos hombres y su apropiación por otros hombres (o sea la formación del capital) se crearon los excedentes en la producción y su comercialización; la riqueza y diversidad de la sociedad. Es decir, fue posible la transformación de la primitiva sociedad en la sociedad desarrollada. La sociedad entonces pudo crecer, desarrollarse y volverse más compleja: pudo vivir. Pero vivió, y vive a expensas del individuo, del trabajador, del productor directo que es quien la mantiene viva.

La división antagónica entre trabajo y capital inicia y propicia un doloroso y progresivo empobrecimiento físico y moral de la inmensa mayoría de los individuos, mientras se enriquece técnica, científica y culturalmente la sociedad. Perfeccionamiento del cual disfrutaban únicamente los dueños del capital (del trabajo acumulado por otros) y del cual están excluidos los productores directos (los trabajadores desposeídos del producto de su trabajo).

Esta contradicción insalvable entre trabajadores y propietarios; este ininterrumpido conflicto entre el trabajo y el capital, está en el núcleo mismo del desarrollo histórico del hombre social. No se puede negar, por crueles que hayan sido los efectos de este fenómeno histórico, la utilidad que reportó la separación del capital y del trabajo para acelerar el proceso de la producción (de la cultura).

De igual manera se pueden juzgar la separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, y el divorcio entre la vida instintiva y la actividad inteligente (que aumentó inmensurablemente la riqueza espiritual de la sociedad) por deformantes que hayan sido para el hombre las consecuencias de estos fenómenos prehistóricos. Pero tales fenómenos llegaron ya al final de su misión dialéctica. Su impulso está agotado. Las fuerzas productivas han crecido hasta un grado inimaginable gracias a la ciencia, a la técnica y al aumento de la población mientras que las relaciones sociales establecidas para efectuar el proceso de la producción se vuelven cada día más cerradas, más mezquinas, más paralizantes, en relación con el crecimiento de las fuerzas productivas. El contenido crece más que el continente y no puede constreñirse más. El estallido es inevitable. Y el camino quedará abierto para Fausto.

Margarita, Mefistófeles y Fausto buscan, inconscientemente, restablecer su primera y elemental unidad disuelta: su armoniosa trinidad. No lo logran porque cada uno lucha por separado, repartíendose, modificando y dispersando así las armas. Fausto dice:



No se aclaró en el número anterior que el ensayo *Una teología para ateos* concluiría en este número.

"Pienso, luego soy". Margarita murmura: "Siento, luego existo". Mefistófeles se queja: "Sufro: ni pienso ni siento".

Y se pasan la vida llorando, como huérfanos, su soledad e incomunicación. Sin pertenecer ni pertenecerse. Como huéspedes transitorios en una morada ajena. Sufriendo cada uno lo que el otro. Pero tratando de convencerse de que ése es el precio obligado por el privilegio de constituirse en vestales del fuego sagrado que convirtió al mono en hombre.

No comprenden todavía que la conciencia de la inequívoca, íntima y plena individualidad sólo puede ser extraída de un ser colectivo. Que la individualidad perfecta será la autoconciencia de la sociedad.

Mientras tanto, equivocan los caminos pensando que se es tanto más individuo cuanto se es menos "masa", y que para individualizarse hay que ser distinto: más alto, más bello, más sabio, más astuto, más célebre, más rico.

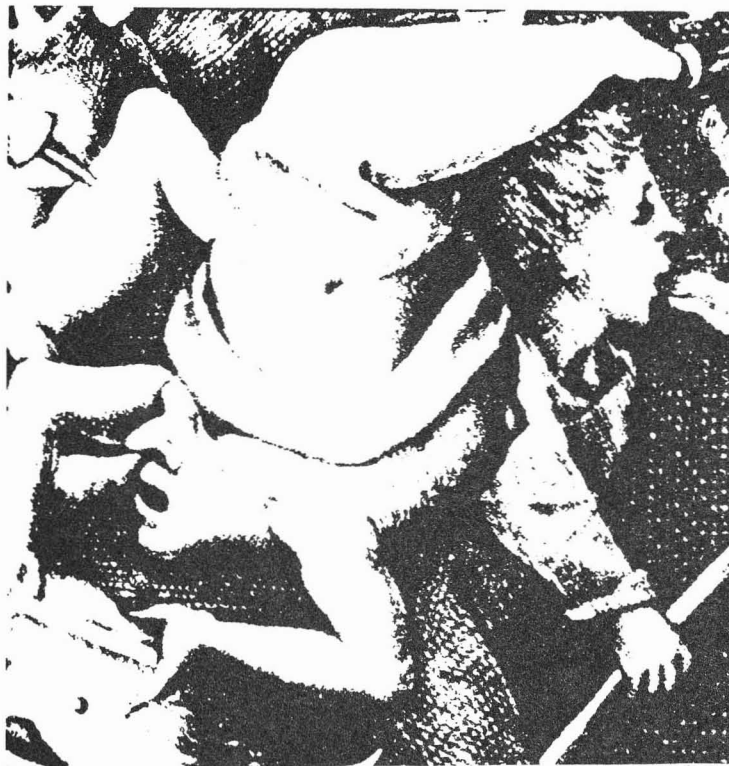
Creen necesario sobresalir en cualquier forma, y a cualquier precio, porque piensan que la individuación no es un impulso que nos deba nacer de adentro, sino una condición que nos imponen los de afuera.

Como pretenden afirmarse en sí mismos negando a los demás, han perdido el vínculo con los otros. Y, por lo tanto, con ellos mismos. Han perdido las fuentes de su humanidad. Están solos e incomunicados. Ellos, cada uno, y los otros se miran como enemigos. (Y el hombre es los hombres, los hombres son su cultura, cultura es sociedad, sociedad es naturaleza y, finalmente, la naturaleza es el hombre. Pero ellos hacen de su unidad un círculo muerto).

Fausto no es, todavía, Fausto. Y, sin embargo, es Fausto: va siendo Fausto. Es un conjunto de dualidades resolviendo sus conflictos, de mitades buscándose y encontrándose y separándose para volver a buscarse en otros planos. Al adquirir conciencia, Fausto (Fausto hembra y Fausto macho) recibió de ésta un mandato: liberarse. (Y la libertad se convirtió, desde entonces, en el camino que emprendió Fausto y que prosiguieron todos los hombres). Recibió el mandato en el sitio en que tuvo que iniciar su marcha: a las puertas del paraíso de donde fue echado. Junto con el mandato se le entregaron sus armas y su plazo.

De la conciencia recibió Fausto la orden de liberarse. Pero la conciencia nació en Fausto precisamente por su necesidad de liberarse. De liberarse, de desprenderse, de separarse de la naturaleza primigenia, de adaptarse a vivir fuera del paraíso original. La conciencia aparece como una cualidad nueva en el proceso acumulativo y selectivo de la vida orgánica.

Para Fausto librarse significa humanizarse: desprenderse, arrancarse de la naturaleza animal. Pero Fausto sigue siendo naturaleza: la lleva dentro de él. Por eso, para acabar de desprenderse de la



naturaleza, Fausto debe salirse de sí mismo. Debe *expresarse*. Y esto lo logra objetivándose, creándose un nuevo cuerpo distinto al biológico, materializando sus sueños, sus pensamientos, fabricando satisfactores de sus necesidades, en un todo orgánico que se llama "cultura": la cultura material y espiritual de la sociedad (de los hombres, de Fausto). Y para expresarse necesita *comunicarse*. Porque ir hacia otros hombres significa restablecer el vínculo consigo mismo.

Para lograr todo esto, Fausto necesita remover el obstáculo que le impide apropiarse los instrumentos de su expresión y de su comunicación humanas. Ese obstáculo es la propiedad privada. Necesita quitar el freno de su liberación interrumpida: el trabajo enajenado. Necesita rescatar su humanidad robada, al resolver el conflicto antagónico que divide a la sociedad (a los hombres, al hombre, a él mismo) en poseedores y desposeídos, en propietarios y trabajadores (en hombres todos enajenados).

Fausto (el hombre) tiene un plazo (su conciencia lo ha vuelto mortal); obedece a un mandato (crear, producir y utilizar los instrumentos para conseguir libertad), y está provisto de armas que sólo él puede manejar (un cerebro, sus manos y un sexo).

Pero Fausto (los hombres) también es inmortal.

